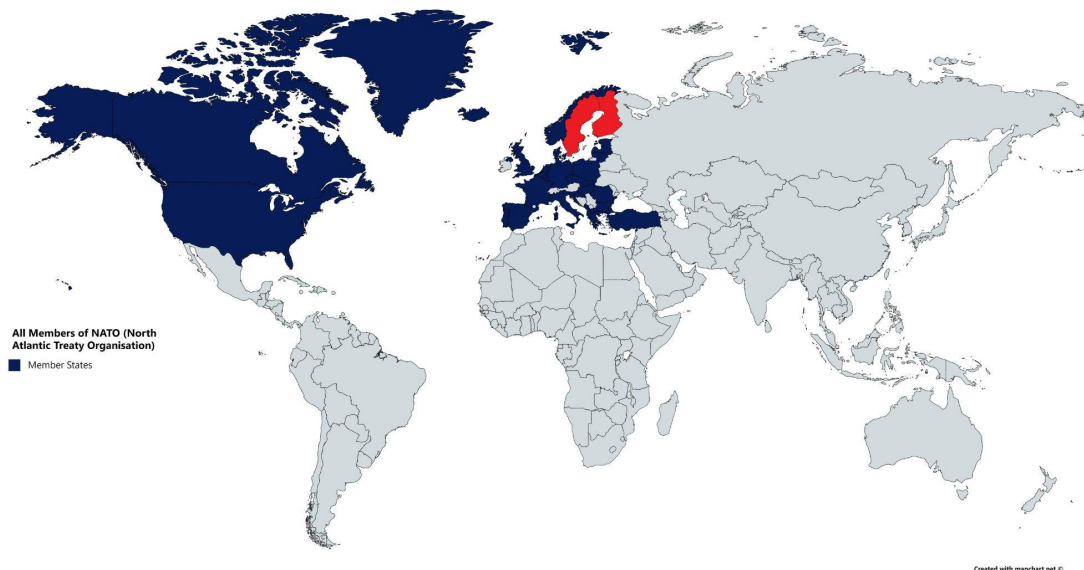


La seguridad de la Alianza en vísperas de una nueva Guerra Fría



[Actual extensión de la OTAN a día 30 de mayo de 2022. En rojo, Suecia y Finlandia, últimos países en haber solicitado su ingreso a la Alianza Atlántica]



Rubén Vasile Ungureanu

30 de mayo de 2022

España acogerá la cumbre de la OTAN a finales de este mes coincidiendo con el cuarenta aniversario de la adhesión del país a la Alianza en unas fechas tan marcadas por la invasión rusa de Ucrania. La importancia de que de ahí salga un nuevo concepto estratégico prometedor que reúna nuevamente a Europa y Estados Unidos de nuevo bajo un fortalecido paraguas trasatlántico —aprovechando la ola de ánimo de los países europeos que ha despertado la invasión— es crucial para preservar nuestra seguridad e integridad territorial en vísperas de una nueva Guerra Fría en la que presumiblemente ya hemos entrado.

La creación de un nuevo concepto estratégico seguramente sea todo un desafío en un momento cuando el poder está más disperso que nunca y los estados-naciones han perdido mucha de su soberanía. No obstante, pese a la multipolarización de la sociedad y la pérdida de influencia occidental fuera de sus fronteras del Viejo Mundo, lo cierto es que Estados Unidos sigue siendo la primera superpotencia y Europa el mayor mercado del mundo —y presumiblemente el más atractivo—. Por su parte, los BRICS, ignorando China, parecen haberse estancado en algún momento de la historia y las miradas parecen haberse vuelto a centrar en controlar Eurasia —solo el tiempo dirá si prevalecerá el *America First* o se impondrá *The New Silk Road*.

Pronto conoceremos si la cercana cumbre de la OTAN realmente traerá un nuevo concepto estratégico prometedor para los miembros de la Alianza o si se seguirán a pies juntillas las actuaciones ad libitum estadounidenses y todo quedará en una reunión formal y superficial. Sea como fuere, la actual situación de la OTAN no es sorprendente. Diplomáticos como Kennan ya advertían de lo que sucedería si la OTAN no era desmantelada hace medio siglo —o por lo menos, si no cedían a sus pretensiones expansionistas— tras finalizar la Guerra Fría. El —parece— caso omiso a los expertos en política exterior y el desarrollo de una política de distensión mundial en pro de escuchar a los intereses de las grandes multinacionales del petróleo y la industria militar estadounidense ha conducido a la OTAN a una situación en la que difícilmente uno no se ve tras un punto de no retorno respecto a reconducir el conflicto por una vía de distensión.

Pese a la reciente animosidad de los miembros de la Alianza respecto al futuro de la OTAN, la situación no parece ser la más próspera para los países atlánticos. Si la OTAN ya era un muerto en vida tras la disolución de la Unión Soviética, el distanciamiento del gobierno de Trump en 2016 y su repentino aislamiento provocó que en los medios se hablara de la muerte cerebral de la Alianza —todo quedaba estancado—. El cada vez más comprometido historial de las operaciones militares atlánticas en el Magreb, el Oriente Próximo y Eurasia durante las últimas tres décadas también han hecho difícil desde el punto de vista ético judeocristiano defender la alianza —sin mencionar que la guerra contra el terrorismo tampoco ha cuajado—. Por su parte, la imposibilidad de garantizar la convivencia entre Europa y Rusia y su occidentalización han aislado y encarecido la vida europea, ergo no se puede hablar de una OTAN más fortalecida —sin contar que la intencionalidad de crear una situación de invasión en Ucrania ha bloqueado cualquier posibilidad de llegar a una Eurasia democrática fuerte capaz de frenar a China—. Además, la innecesaria expansión con la reciente aceptación —que puede verse como otra provocación más— de Suecia y Finlandia en la OTAN —dos países que no tendrían por qué ver su seguridad peligrar ante Rusia— mientras territorio de la alianza como las ciudades autónomas españolas son amenazadas hacen preguntarnos si la alianza vela por igual por la seguridad de sus miembros.

Todo ello nos lleva preguntarnos si realmente la expansión de la OTAN la vuelven más fuerte y segura y si este sentimiento pro-OTAN perdurará en el tiempo o se marchitará. Sea como fuere, esos han sido los acontecimientos y la pervivencia de una OTAN fuerte hoy día es de extremado interés para las naciones miembro, más aquellas imposibles de concebir su seguridad sin ella, más ante el meteórico ascenso del PCCH como superpotencia del siglo XXI en un momento cuando el flujo de la globalización desacelera, el nacionalismo y el antioccidentalismo se asientan en la consciencia colectiva de los países no miembros. Es también interesante hablar de seguridad si se tiene en consideración que Estados Unidos es la nación que más terror despierta en el mundo y que la permisión dada a países como Marruecos o Arabia Saudita para acabar con pueblos como el saharaui o el yemení por su pretensión expansionista han hecho

flaco favor a la popularidad de la Alianza —por si acaso, nuestra Estrategia Global de la Unión Europea está íntimamente ligada a la estadounidense para hacer oídos sordos—. La macroestructura europea tampoco está ideada para valerse por si misma, somos un mercado que necesita de un valedor. Mientras, en el Magreb-Sahel, el diálogo mediterráneo parece no haber sido suficiente —quién lo diría— y el deseo neocolonial francés de recuperar influencia en la región parece haberse dado de bruces debido al integrismo y terrorismo. El reciente fracaso en el Sahel puede verse como una debilidad de Europa y las olas migratorias debido a las guerras que la propia OTAN parecen no ser muy bien acogidas —no como las ucranianas, por algún motivo— y parecen afeear al viejo continente. En conclusión, la seguridad de la OTAN se puede poner en entredicho. La impopularidad occidental se encuentra cada vez más eclipsada por un modelo de colonialismo de mercado como el chino. Haber echado a Rusia al sureste asiático solo ensanchará las carreteras de una nueva ruta de la seda que posiblemente, mientras que la calidad de vida occidental decrecerá en pro de alimentar la industria petrolífera y gasífera. El poco apoyo que se le han dado a los países del sureste europeo para contener los propios estragos de la Alianza remitirá indudablemente en un empeoramiento de vida, el cierre definitivo de fronteras —salvo España, que es que es un país de otro mundo— y un exponencial crecimiento de movimientos reaccionarios e integristas. En un momento en el que aparecen los fantasmas del pasado —efectivamente, ojivas nucleares— sería idílico educar en seguridad a la población europea, en el espacio digital, pero ante todo en la vida real. También sería recomendable, antes de expandirse, asegurar la integridad territorial del territorio de la Alianza —por ejemplo, las ciudades autonómicas españolas—. El mejor escenario posible sería llevar una política de distensión antes de que sea demasiado tarde y, si es posible, ser correctos con la información que se le da a la población —una población que desconoce la propia realidad de su mundo y el enemigo se encontrará desorientado en esta brutal guerra de poder—. La OTAN es el mejor recurso que tenemos para defendernos en estos tiempos convulsos, y el destino de todos los miembros se encuentra ligado al del resto. Probablemente este es el momento en el que la OTAN haga más falta desde el fin de la Guerra Fría. Nuestra seguridad dependerá de nuestra capacidad por ponernos en la piel del resto de los aliados y de trabajar conjuntamente, escuchando a los miembros de la alianza antes que los que están fuera de ella.